

UNA FLORA RELEVANTE

por Luis VILLAR PEREZ

in ALTO ARAGON PARAISO NATURAL

Sierras de España HUESCA

Madrid, 1985

Dirección artística y fotografía:
ALVARO SILVA Y MORA

Coordinador General de la Serie:
ARTURO RODRIGUEZ SANCHEZ

Prólogo:
ALFONSO DE URQUIJO

Introducción:
JAIME JORDAN DE URRIES

Textos:
DOMINGO BUESA CONDE
La Cultura Pirenaica, Historia de una Tierra
RAFAEL HEREDIA ARMADA
De Monegros a Guara y Cañones Prepirenaicos
CAYETANO ENRÍQUEZ DE SALAMANCA
El Pirineo y sus Valles
ADOLFO ARAGÜES SANCHO
Fauna del Pirineo
LUIS VILLAR PEREZ
Una Flora Relevante

Dibujos:
JOSE AYALA ZURDO

Diagramación y maqueta: ELISEO NEGRELES
Asesor artes gráficas: JUAN YUSTE
Dirección técnica: JOSE JESUS LOPEZ LLORENTE

UNA FLORA RELEVANTE

por Luis Villar Pérez

El Alto Aragón es un territorio pirenaico por excelencia, a caballo entre la Cordillera Pirenaica y la Depresión del Ebro; la flora del Alto Aragón lleva la impronta de la antigüedad, de esos múltiples acontecimientos biogeográficos (avances y retrocesos de las plantas y de sus comunidades), de esa multitud de rocas y suelos, de esos variados climas, de esos contrastes ecológicos entre espesas selvas y vegas humanizadas, entre lugares batidos por vientos impetuosos y abrigos naturales.

No es de extrañar, por tanto, que entre el piso de las nieves persistentes o glaciares y las tierras bajas del Cinca y Monegros haya suficientes «nichos ecológicos» para albergar una rica flora que podemos cifrar —al menos para las plantas superiores— en más de dos mil quinientas especies. De ellas, no menos de quinientas son medicinales y útiles, un grupito son propias del Ebro medio, muchas sólo se encuentran en los Pirineos y unas cuantas son exclusivas de algún sector altoaragonés.

Pero el manto vegetal altoaragonés ha sufrido también los efectos de la acción humana. La milenaria civilización pastoril, el fuego, el arado, la explotación forestal, las instalaciones industriales y urbanas han modificado sensiblemente la vegetación primitiva. Muchos bosques se han transformado en pastos o cultivos y en general se han aclarado o destruido. En ocasiones este proceso ha conducido a la erosión del suelo, pero a veces antes de esta pérdida irreparable se ha podido recuperar el bosque autóctono o bien se ha repoblado con especies exóticas de crecimiento rápido.

A pesar de todo, aún se conservan pequeñas porciones poco alteradas, como la Serreta Negra de Fraga o el Valle de Ordesa, sin olvidar la alta montaña pirenaica, donde puede observarse la flora silvestre en todo su esplendor.

No parece exagerado afirmar que la provincia de Huesca exhibe, desde Ansó y el Aneto hasta el Ebro, una síntesis de toda la variedad geológica, climática y biológica del cuadrante noreste peninsular. Para el amante de la Naturaleza, recorrer el Alto Aragón de Norte a Sur puede ser tan ilustrativo como viajar desde la Europa media hasta el Norte de África, pero, eso sí, en una distancia diez veces menor.

Aproximémonos ahora de un modo esquemático a su variedad florística.

BREVE OJEADA A LA FLORA DEL ALTO ARAGON

La parte meridional del Alto Aragón alterna los nuevos regadíos hechos posible gracias a embalses o canales con llanuras áridas estepizadas, abiertas al cierzo, frías en invierno y cálidas en verano. Los pocos bosques conservados son de sabina albar (*Juniperus thurifera*, Alcubierre) o pino carrasco (*Pinus halepensis*, Al-

cubierre y Vedado de Fraga). Los matorrales más cerrados son de coscoja, lentisco y escambrón (*Rhamnus lycioides*); más raros son el boj y la gayuba. Más extensos son los romerales con jarillas, asnallo, romerilla, etcétera, y en los lugares más secos ya no hay vegetación leñosa, siendo colonizados por los espartales de albardín (*Lygeum spartum*) junto a otras gramíneas resistentes a la fuerte evaporación y un sinnúmero de modestas hierbecillas cuyas semillas aguardan la lluvia ocasional.

Aparte de especies comunes con otras zonas secas ibéricas, norteafricanas o anatólicas, los Monegros, el Bajo Cinca, parte de la Litera y algunas tierras lerdanas limítrofes albergan especies propias como la umbelífera *Ferula loscosii*, dedicada al botánico aragonés F. Loscos, la crucífera *Boleum asperum*, género endémico y la labiada *Nepeta ucranica* ssp. *braun-blanquetii*, recientemente descrita.

Los Somontanos de Ayerbe, Huesca y Barbastro, algo lejos ya del centro de la Depresión y su aridez, gozan de un clima mediterráneo continental, con sendos máximos de lluvia en primavera y otoño. Son el dominio de los encinares de carrasca (*Quercus rotundifolia*), que antiguamente formarían una amplia banda entre los 300 y 800-1.000 metros de altitud. Este árbol de hoja dura resiste todo tipo de suelos, por pedregosos que sean y aventaja a cualquier otro en parajes venteados; en forma de bosquetes se adentra hacia el Pirineo (Villanúa, Foratata del Toscar, etcétera) ascendiendo hasta 1.200 metros.

En el mejor de los casos, a la sombra de la carrasca se protege el boj, un pequeño cárice (*Carex halleriana*, descubierta por el insigne botánico aragonés I. de Asso) y algunas plantas trepadoras como la roja (*Rubia peregrina*), madreselvas, etcétera. Pero aquellos bosques han sido destruidos en gran escala y en su lugar hallamos matorrales de enebros y sabinas (*Juniperus communis*, *J. oxycedrus*, *J. phoenicea*), boj, aliagas, coscoja, lavandas, aliagas y en rara ocasión madroño (*Arbutus unedo*), durillo (*Viburnum tinus*) o escasas jaras (*Cistus laurifolius*, sobre todo); el romero también penetra hasta el Sobrarbe-Guarga.

Cuando ya nos adentramos en las primeras estribaciones pirenaicas la sequía de verano se acorta y las temperaturas medias anuales descienden. Ya estamos en un territorio submediterráneo, poblado por extensos robledales de quejigo o «cá-jico» (*Quercus* gr. *faginea*), cuya hoja se seca en otoño, pero no cae hasta el rebrote primaveral. Suele ir acompañado de un lastón (*Brachypodium phoenicoides*), algún arce (*Acer campestre*, *A. opalus*, *A. monspessulanus*), mostajo (*Sorbus aria*) y, sobre todo, boj (*Buxus sempervirens*, «buixo», «boix») o «senera» (*Amelanchier ovalis*, también llamado «curronera»), sin olvidar la gayuba (*Artostaphylos uva-ursi*).

Hacia el límite superior de su dominio (1.200-1.500 metros), el quejigo se protege en las solanas, cediendo lugar al pino royo, que muchas veces ocupa espontáneamente sus claros. Por las tierras del Sobrarbe, el quejigo convive con el pino negral o laricio (*Pinus nigra* ssp. *salzmannii*), árbol ligado a las tormentas frecuentes en primavera-verano, que llega por el oeste hasta Monrepós-La Peña.

Los quejigales han suministrado buena leña para usos domésticos y se han

transformado en dehesas boyales o boalares que mantenían el ganado mayor en otoño-primavera. Actualmente, gracias a una menor presión ganadera y allí donde no se perdió su fertilidad por escorrentía, estos sufridos bosques van volviendo a ocupar con fuerza su lugar, como puede verse en la Canal de Berdún, parte de la Sierra de Guara, etcétera.

Los bosques más productivos de nuestro Pirineo están formados por el pino royo (*Pinus silvestris*), resinosa que ya era frecuente en el área del quejigal y que veremos por doquier hasta los 1.600 metros de altitud. Como suele albergar una alfombra de musgos, recibe el apelativo de «pinar musgoso». Es árbol pionero que ocupa todo tipo de suelos, gusta de atmósfera soleada, crece deprisa y resiste las heladas. Aparte del rovellón (*Lactarius deliciosus*), podemos descubrir con él al martagón (*Lilium martagon*), la azucena de los Pirineos (*Lilium pyrenaicum*) y numerosas orquídeas (*Dactylorhiza maculata*, etcétera.)

En cresteríos batidos por el viento, como los del Canciás, Guara, Oroel, solana de Ordesa, etcétera, el pinar se aclara y es relevado por los espinales de «erizón» o «escarpin» (*Echinopartum horridum*), que encuentran su centro de dispersión en nuestro Pirineo y se visten de amarillo a fines de julio. Por las solanas más secas y pedregosas acompaña al pino royo un arbustillo descubierto en Teruel por el citado Asso, la ononis aragonesa (*Ononis aragonensis*, Benasque-Ordesa, Collarada-Hecho-Ansó, Guara-Gratal-Oroel), planta muy apreciada para los cólicos nefríticos.

A los mismos niveles que el pino silvestre, pero en hondonadas y laderas expuestas a vientos húmedos y nieblas, hallaremos las nobles selvas de haya (*Fagus sylvatica*, «fago» o «fau») y abeto (*Abies alba*, «pinabete»), salpicadas por algún tejo (*Taxus baccata*, «taxo»). Su espesura deja pasar muy poca luz y por eso bajo su manto sólo veremos hierbas de hoja tierna y verdeoscura como los helechos o «felces» (*Pteridium*, *Dryopteris*, *Polystichum*, etcétera), la saxifraga peluda (*Saxifraga hirsuta*), la nemorosa (*Anemone nemorosa*), la escila (*Scilla lilio-hyacinthus*); a veces, la oreja de oso (*Ramonda myconi*, común en acantilados sombríos calizos), la lengua de ciervo o «mermasangre» (*Phyllitis scolopendrium*), etcétera.

Tan frondosas selvas abundan desde las cabeceras de Ansó y Hecho hasta el Valle de Tena, refugiándose más al Este en barrancos y cañones (Ordesa-Añisclo, Gratal-Guara, altos del Cinca y Esera). En el suelo removido de sus calveros aparecen especies tan bellas como el frambueso o «chordonera» (*Rubus idaeus*), la amapola amarilla (*Meconopsis cambrica*), dedaleras (*Digitalis purpurea*, *D. lutea*), belladona (*Atropa belladonna*, muy tóxica como las dos anteriores), sabucos (*Sambucus racemosa*, *S. ebulus*), acebo (*Ilex aquifolium*, «cardonera»), la rara valeriana del Pirineo (*Valeriana pyrenaica*), setas...

El haya y el abeto han sido castigados por el hacha o el fuego pastoral, de modo que ya escasean mucho aquellos árboles gigantes de 30-40 metros de fuste. Sin embargo, su fuerza es tal que en las umbrías pirenaicas se reproducen y crecen con fuerza, sin necesidad de repoblación.

Ya por encima de los 1.600 metros, la innivación se prolonga durante seis a ocho meses y solamente el árbol más montaraz del Pirineo, el pino negro (*Pinus uncinata*), es capaz de colonizar unos suelos con frecuencia esqueléticos, encaramándose por riscos y crestas hasta más de 2.200 metros, tanto sobre rocas calcáreas (Ezcaurri, Alanos-Forca, Tobazo, Collarada, Telera, Tendeñera, Ordesa, Cotiella, Peña Montañesa, Oroel, Guara) como silíceas (Panticosa, Maladeta...)

Por las umbrías nivosas acompañan al pino negro una cohorte de especies «subalpinas» como la azalea de montaña (*Rhododendron ferrugineum*, de preciosas flores rosadas), los arándanos (*Vaccinium myrtillus*, *V. uliginosum*), el árnica (*Arnica montana*), una delicada orquídea con sólo dos hojas acorazonadas (*Listera cordata*), etcétera.

Sin embargo, por las solanas, el microclima ya no recuerda a los Alpes, sino a montes mediterráneos como los de Teruel, Cazorla o Sierra Nevada, y entonces nuestro pinar contiene especies «oromediterráneas» como la sabina rastrera (*Juniperus sabina*), una bufalaga que da pies machos y hembras (*Thymelaea dioica*), la repetida gayuba y, sobre todo, los pastos duros de la gramínea de hoja punzante *Festuca gautieri*.

El pastoreo secular y la necesidad de leña para las cabañas de pastor ha reducido mucho la superficie de estos robustos bosques, de los cuales a veces no quedan más que jirones o venerables árboles maltrechos por los rayos, retorcidos y con pocas ramas.

Si en nuestro recorrido altitudinal rebasamos los 2.000 metros, accederemos al llamado «piso supraforestal», sin arbolado, que incluye también los llamados pisos alpino y nival o de las nieves perpetuas. Aunque en el largo invierno la nieve y el hielo alternan con las rocas y gleras, durante el corto verano (julio-septiembre) las fuentes se multiplican y aparecen diversas comunidades herbáceas, especialmente pastos pedregosos o «tascas» densas. Son los estivaderos del ganado, que con el diente rejuvenecen la hierba y con sus excrementos la abonan.

En función del suelo, la nieve, el viento, los ciclos de hielo-deshielo diurnos, etcétera, descubriremos gran variedad de ambientes vegetales que se traducen en una flora extraordinariamente atractiva por su rareza, valor biológico y belleza sin par. Algunas de estas especies son verdaderos fósiles vivientes, reliquias vivas de otras épocas geológicas o climáticas; unas veces son propias del Pirineo, otras comunes con los Montes Cantábricos o Alpes, pero en vano las buscaremos en las llanuras.

Entre las que crecen en las fisuras de roquedos calizos mencionaremos la corona de rey (*Saxifraga longifolia*), las especies del género *Androsace* (*A. helvetica*, *A. cylindrica*, *A. willkommii*, *A. hirtella*) y las representantes del género *Petrocotis*, uno de los cuales, *P. hispanica*, fue descubierto en San Juan de la Peña.

Alrededor de los ventisqueros vegeta el cardo de nevero (*Carduus carlinoides*), el pensamiento amarillo (*Viola biflora*) y alguna primavera (*Primula intricata*, *P. integrifolia*, la primera de flor amarilla y la segunda rosadita), más la labiada *Horminum pyrenaicum*.

La acedera redonda (*Rumex scutatus*, de hojas carnosas comestibles), la coquelearia de Aragón (*Cochlearia aragonensis*, descubierta en el Puntón de Guara) y el adonis del Pirineo (*Adonis pyrenaica*, Benasque, Ansó, de incomparable belleza) colonizan las gleras o pedrizas más o menos móviles.

La «quitameriendas» (*Merendera pyrenaica*), junto con diversas «plantainas» (*Plantago* spp.), caracterizan, entre otras, los pastos muy recorridos y pisoteados por el ganado. Algunas «grasillas» o atrapamoscas (*Pinguicula alpina*, de flor blanca; *P. grandiflora* y *P. longifolia*, de flor morada, la última exclusiva del Pirineo Central y abundante en Añisclo), más la «hierba de los aguachales» (*Cardamine raphanifolia*), son representantes de las comunidades fontinales.

Los pastos más densos contienen «cerrillo agrio» (*Nardus stricta*, gramínea de espiguita en forma de bandera), regaliz de montaña o «mandil» (*Trifolium alpinum*), macuca o avellana de tierra (*Conopodium majus*), lirio azul o «lidio de puerto» (*Iris latifolia*), un pequeño hinojo o «fenollo de puerto» (*Meum athamanticum*), etcétera.

Finalmente, en torno a las cabañas de pastor o reposaderos del ganado se acumula mucho sirlé y a favor de tanto nitrógeno se desarrollan comunidades de grandes romazas (*Rumex alpinus*, *R. longifolius*, *R. crispus*), ortigas (*Urtica dioica*), diversos cardos vulnerantes (*Carduus* gr. *eriphorum*), sarriones (*Chenopodium bonus-henricus*), una crucífera de flor amarilla, *Sisimbryon austriacum* ssp. *chrysanthum*, botones de oro, etcétera.

Esta larga serie de preciosas florecillas son un canto a la capacidad de adaptación de la vida a los ambientes más difíciles y siempre despertarán la admiración de todo observador atento.

Desde aquí rogamos a todos los excursionistas el mayor respeto por nuestro patrimonio natural vegetal, que aún encierra muchos secretos ecológicos que intentamos desvelar.